



CAPÍTULO V.

De la llegada de otros ladrones al soterráneo, y de la conversacion que tuvieron entre sí.



O bien habia dicho estas palabras el capitan, cuando aparecieron en la sala seis caras nuevas, que eran su teniente y otros cinco de la gavilla. Venian cargados de presa. Traian dos grandes zurronecillos llenos de azúcar, canela, almendras y pasas.—El teniente, dirigiéndose al capitan, le dijo que habia despojado á un especiero de Benavente de aquellos zurronecillos, como tambien del macho que los llevaba; y despues de haber dado cuenta de su expedicion en la pieza que servia de despacho, se entregó en la repositaria la hacienda del especiero. Hecho esto se trató de cenar y de alegrarse. Prepararon en la sala una gran mesa, y á mí me enviaron á la cocina para que la tia Leonarda me instruyese en lo que debia hacer. Cedí á la necesidad, ya que mi mala suerte lo queria así, y disimulando mi sentimiento me dispuse á servir á una gente tan honrada.

Dí principio por el aparador, cubriéndole de vasos y salvillas de plata, flanqueadas de botellas llenas de escelente vino que el señor Rolando me habia ponderado. Puse en la mesa dos géneros de sopa, á cuya vista todos ocuparon sus asientos. Comenzaron á comer con mucho apetito, manteniéndome yo tras de ellos en pié para servirles el vino. El capitan les contó en pocas palabras mi historia de Cacabelos, con la cual se divirtieron mucho. Aseguróles despues que yo era un mozo de mérito; pero como estaba ya tan escarmentado de las alabanzas, pude oír mis elogios sin peligro. Convinieron todos en que parecia yo como nacido para ser copero suyo, y que valia cien veces mas que mi predecesor. Como despues de su muerte la señora Leonarda era la que habia servido el néctar á aquellos dioses infernales, la privaron de este glorioso em-

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 1. de 1925



pleo, para revestirme á mí de él. De esta manera me hallé convertido en nuevo Ganimédes, sucesor de aquella maldita Hébe¹.

Después de la sopa se presentó un gran plato de asado para acabar de saciar á los señores ladrones, los cuales bebían tanto como comían, y en breve tiempo se pusieron todos de buen humor, y comenzaron á meter mucha bulla. Hablaban todos á un mismo tiempo: uno comenzaba una historia, otro le interrumpía con un chiste, ó con una frialdad: este grita, aquel canta; y en fin, ya no se entendían unos á otros. Fatigado Rolando de una escena, en que él ponía mucho de su parte, pero todo inútilmente, levantó la voz en un tono que impuso silencio á la compañía.— Señores, les dijo, atención á lo que voy á proponeros. En vez de aturdirnos unos á otros, hablando todos á un tiempo, ¿no sería mejor divertirnos, y hablar como hombres de juicio y de razón? Ahora me ocurre un pensamiento. Desde que vivimos juntos nunca hemos tenido la curiosidad de informarnos recíprocamente de qué familia ó casa somos, ni de la serie de aventuras por donde venimos á abrazar esta profesión. Con todo, me parece esta una cosa muy digna de saberse. Hagámonos, pues, esta confianza, que podrá servir no menos para nuestra diversion que para nuestro gobierno. El teniente y los demás, como si tuvieran alguna cosa buena que contar, aceptaron con grandes demostraciones de alegría la proposición del capitán, el cual comenzó á hablar en estos términos.

—Ya saben ustedes, señores, que yo soy hijo único de un rico vecino de Madrid. Celebróse mi nacimiento en la familia con grandes regocijos. Mi padre, que ya era viejo, sintió suma alegría al verse con un heredero, y mi madre no quiso que otra más que ella me diese de mamar. Vivía entonces mi abuelo materno. Era un hombre que solo sabía rezar su rosario, y contar sus proezas militares, porque había servido al rey muchos años, y no se ocupaba ya en más. Insensiblemente vine yo á ser el ídolo de estas tres personas. Continuamente me tenían en brazos. Por miedo de que el estudio no me fatigase en mis primeros años, me los dejaron pasar en los divertimientos más pueriles.—No conviene, decía mi padre, que los niños se apliquen á cosas serias hasta que el tiempo haya madurado un poco su razón. Esperando á esta madurez, no aprendía á leer ni escribir; mas no por eso perdía el tiempo. Mi padre me enseñaba mil géneros de juegos; conocía yo perfectamente los naipes, jugaba á los dados, y mi abuelo me contaba mil novelas sobre las expediciones militares en que se había hallado. Cantábame siempre unas

¹ Hébe tenía en el cielo el oficio de servir el néctar á los dioses en copas de oro; y habiendo un día dado un tropezón, y caído sobre Minerva, en términos de que se ofendiese el pudor de esta diosa, para evitar iguales acontecimientos se le dió por sucesor á Ganimédes.

mismas coplas acerca de dichas expediciones: cuando en espacio de tres meses habia aprendido bien diez ó doce versos, los repetia sin errar un punto delante de mis padres, los cuales se admiraban de mi prodigiosa memoria. No celebraban menos mi agudo ingenio, cuando, valiéndome de la libertad que tenia para decir cuanto me viniese á la boca, interrumpia sus conversaciones para decir á tuerto ó derecho todo lo que me ocurría. Entonces mi madre me sufocaba á caricias, y mi buen abuelo lloraba de puro gozo. No les iba en zaga mi padre: siempre que me oía algun despropósito ó alguna bachillería, mirándome con gran ternura, exclamaba:—¡Oh qué gracioso eres y qué lindo! Con estas alas no reparaba en hacer impunemente en su presencia las mas indecentes acciones. Todo me lo perdonaban, y todos me adoraban. Habia entrado ya en doce años, y aun no tenia ningun maestro. Buscáronme finalmente uno, pero mandándole espresamente que me enseñase, mas sin facultad para darme el menor castigo. A lo sumo le permitieron que alguna vez me amenazase solo para intimidarme. Sirvió de poco este permiso, porque me burlaba de las amenazas de mi preceptor, ó bien con las lágrimas en los ojos iba á quejarme á mi madre ó á mi abuelo, diciéndoles que el ayo me habia maltratado. En vano acudia el pobre diablo á desmentirme: teníanle por un hombre brutal, y siempre me creían á mí mas que á él. Un dia me arañé yo mismo, y me fuí á quejar del maestro porque me habia desollado: inmediatamente le despidió de casa mi madre sin querer darle oídos, por mas que protestaba al cielo y á la tierra que ni siquiera me habia tocado.

De este mismo modo me fuí desembarazando de mis preceptores hasta que me presentaron uno como le deseaba y me convenia para acabarme de perder. Era un bachiller de Alcalá; ¡excelente maestro para un hijo de familia! Era inclinado á mugeres, al juego y á la taberna. No me podian haber puesto en mejores manos. Desde luego se dedicó á ganarme por el amor y por la dulzura. Consiguiólo, y por este medio logró que tambien le amasen mis padres, los cuales me entregaron enteramente á su gobierno. No tuvieron de qué arrepentirse, porque en breve tiempo y desde luego me perfeccionó en la ciencia del mundo. A fuerza de llevarme consigo á todos los parages donde tenia su diversion, me inspiró de tal manera la afición á ello, que, á escepcion del latin, en lo demas era yo un muchacho universal. Cuando vió que ya no tenia una necesidad de sus preceptos fué á enseñarlos á otra parte.

Si en mi infancia habia vivido tan libremente á vista de mis padres, cuando comencé á ser dueño de mis acciones tuve sin duda mayor libertad. En el seno de mi familia fué donde dí las primeras pruebas del aprovechamiento de mi educacion. Burlábame de ellos á las claras y á

todos momentos. Reíanse de mis intrepideces, y tanto mas las celebraban, cuanto eran mas vivas y mas intolerables. Mientras tanto cometia todo género de desórdenes con otros muchachos de mi edad y de mi humor. Como nuestros padres no nos daban todo el dinero que habíamos menester para proseguir en una vida tan deliciosa, cada uno robaba en su casa cuanto podia, y cuando esto no alcanzaba, nos dimos á robar de noche, y siempre con fruto. Por desgracia llegó algun rumor de esto á los oídos del corregidor. Quiso mandarnos prender; pero fuimos avisados con tiempo de su mala intencion. Recurrimos á la fuga, y dímonos á ejercitar el mismo oficio en los caminos públicos. Desde entonces acá he tenido la dicha de haber envejecido en la profesion, á pesar de los peligros que son anejos á ella.

Cuando el capitán acabó de hablar, el teniente tomó la palabra, y dijo así:—Señores, una educacion enteramente contraria á la del señor Rolando produjo en mí el mismo efecto que en él. Mi padre fué carniceiro en Toledo, y el hombre mas feroz que habia en toda la ciudad: mi madre no era de condicion mas suave que su marido. Desde mi niñez me comenzaron á azotar á cual mas podia, y como á competencia uno de otro. Cada dia recibia mil azotes. La mas mínima falta que cometiese era castigada con el mayor rigor. En vano les pedia perdon con las lágrimas en los ojos, prometiendo la enmienda: no habia misericordia para mí, y las mas veces me castigaban sin razon. Cuando mi padre me sacudia, siempre mi madre se ponía de su parte, en lugar de interceder por mí. Estos malos tratamientos me inspiraron tanta aversion á la casa paterna, que antes de cumplir los catorce años me escapé de ella. Tomé el camino de Aragon y llegué á Zaragoza pidiendo limosna. Enhebréme allí con unos pordioseros que pasaban una vida bastante feliz y acomodada. Enseñáronme á contrahacer el ciego, el estropeado, y á figurar en las piernas unas llagas postizas. Todas las mañanas, á la manera de los comediantes que se ensayan para representar sus papeles, nos ensayábamos nosotros para representar los nuestros, y despues cada uno iba á ocupar su puesto. Por la noche nos juntábamos y nos reiamos de los que se habian compadecido de nosotros por el dia. Canséme presto de vivir entre aquellos miserables, y queriendo juntarme con otra gente mas honrada, me asocié con unos *caballeros de la industria*. Enseñáronme á hacer bellos juegos de manos; pero nos vimos precisados á salir presto de Zaragoza, porque nos descompusimos con cierto ministro de justicia que siempre nos habia protegido. Cada uno tomó su partido. Yo, que me sentia dispuesto á emprender grandes hechos, me acomodé en una tropa de hombres valerosos que hacian

contribuir á los pasajeros y caminantes, agradándome tanto su modo de vivir, que desde entonces acá no he querido buscar otro. Si me hubieran dado otra educacion mas suave, probablemente no seria ahora mas que un pobre carnicero, cuando me hallo hoy con el honor y con el grado de vuestro teniente.

—Señores, dijo entonces un ladron que estaba sentado entre el teniente y el capitán; las historias que acabamos de oír no son tan variadas ni tan curiosas como la mía. Debo mi nacimiento á una aldeana ó labradora de las cercanías de Sevilla. Tres semanas despues que me dió á luz, como era todavía moza, bien parecida, aseada y muy robusta, la buscaron para que criase un niño, hijo de padres distinguidos, que acababa de nacer en dicha ciudad. Aceptó con gusto la propuesta, y fué á Sevilla para traerse el niño á casa. Entregáronsele, y apenas se vió con él en su aldea, cuando observó que él y yo éramos algo parecidos, y esta observacion le escitó el pensamiento de trocarlos, con la esperanza de que con el tiempo le agradecería yo el buen oficio. Mi padre, que no era mas escrupuloso que su honrada muger, aprobó la superchería. De suerte que, habiéndonos mudado de pañales, el hijo de Don Rodrigo de Herrera fué enviado con mi nombre á otra ama para que le criase, y á mí me crió mi madre bajo el nombre del otro.

Digan lo que quisieren sobre el instinto y fuerza de la sangre, los padres del caballerito fácilmente se dejaron engañar. No tuvieron la mas mínima sospecha de la pieza que les habian jugado, y hasta los siete años me tuvieron siempre en sus brazos; y siendo su intencion hacerme un caballero completo, me buscaron todo género de maestros; pero los mas hábiles suelen hallar discípulos que les hacen poco honor: yo fuí uno de estos. Tenia poca disposicion para los ejercicios que me enseñaban, y mucho menos inclinacion á las ciencias en que me querian instruir. Gustaba mas de jugar con los criados de casa, yéndolos á buscar á la caballeriza y á la cocina. Pero el juego no fué mucho tiempo mi pasion dominante. Aficionéme al vino, y me emborrachaba todos los días. Retozaba con las criadas; pero particularmente me dediqué á cortejar á una moza rolliza, de cocina, cuyo desembarazo y buen color me gustaban mucho, pareciéndome que merecia mis primeras atenciones. Enamorábala con tan poca cautela, que hasta el mismo Don Rodrigo lo conoció. Reprehendióme ágriamente, afeándome la bajeza de mis inclinaciones; y por temor de que la presencia del objeto hiciese inútiles sus reprimendas, despidió de casa á mi Dulcinea.

Irritóme mucho este proceder, y resolví vengarme. Robé sus pedrerías á la muger de Don Rodrigo; corrí en busca de mi bella Helena, que vivia en casa de una lavandera amiga suya; saquéla de ella á la mitad

del día para que ninguno lo supiese, y aun pasé mas adelante. Llevéla á su tierra, donde nos casamos solemnemente, así por dar este despique mas á los Herreras, como por dejar á los hijos de familia un ejemplo tan bueno que imitar. Tres meses despues de mi arrebatado matrimonio supe que Don Rodrigo habia muerto. No dejé de sentir su muerte. Partí prontamente á Sevilla á pedir su herencia, pero hallé las cosas muy mudadas. Mi madre habia ya fallecido, y antes de su muerte tuvo la indiscrecion de declarar lo que habia hecho, en presencia del cura y de otros buenos testigos. El hijo de Don Rodrigo ocupaba ya mi lugar, ó por mejor decir el suyo, y acababa de ser reconocido por tal, con tanto mayor aplauso y alegría, cuanto era menor la satisfaccion que yo les causaba. De manera que, no teniendo nada que esperar en Sevilla, y fastidiado ya de mi muger, me agregué á ciertos caballeros de fortuna, bajo cuya disciplina di principio á mis caravanas.

Acabó su historia aquel ladron, y comenzó otro la suya, diciendo que él era hijo de un mercader de Burgos, y que en su mocedad, llevado de una indiscreta devocion, habia tomado el hábito de cierta religion muy austera, de la cual habia apostatado algunos años despues. En fin, todos los ocho ladrones hablaron por su turno, y cuando los hube á todos oído, no me admiré de verlos juntos. Mudaron luego de conversacion, y propusieron varios proyectos para la próxima campaña, sobre los cuales tomaron su resolucion, y se fueron á la cama. Encendieron bujías, y cada uno se retiró á su cuarto. Yo seguí al capitán Rolando al suyo, y mientras le ayudaba á desnudar:—Ahora bien, Gil Blas, me dijo, ya ves nuestro modo de vivir. Siempre estamos alegres. Entre nosotros no se da lugar al tedio ni á la envidia. Jamas se oye aquí discordia ni disension: estamos mas unidos que frailes. Tú comienzas ahora, hijo mio, á gozar una vida muy agradable, pues no te tengo por tan tonto que te dé pena el vivir entre ladrones.





CAPÍTULO VI.

Del intento de escaparse Gil Blas, y écsito de su tentativa.

DESPUES que el capitan de bandoleros hizo esta apología de su honrada profesion, se metió en la cama: yo quité la mesa, y puse todas las cosas en su lugar. Fuíme despues á la cocina, donde Domingo (así se llamaba el negro) y la tia Leonarda me esperaban cenando. Aunque no tenia hambre me puse á la mesa. No podia atravesar bocado, y viéndome tan triste, como era regular estarlo, procuraban consolarme aquellas dos análogas figuras; pero sus consuelos contribuian mas á mi desesperacion que á mi alivio.—¿De qué te afliges, hijo? me preguntó la vieja: antes bien debieras alegrarte de verte entre nosotros: eres mozo, y pareces dócil, con que presto te perderias en el mundo, donde hallarias libertinos que te meterian en todo género de disoluciones, cuando aquí está segura tu inocencia.—Tiene razon la señora Leonarda, dijo el viejo negro con una voz muy grave, y se puede añadir á lo que ha dicho, que en el mundo no se encuentran mas que trabajos. Da muchas gracias á Dios, amigo mio, porque de una vez para siempre te ha librado de los peligros, disgustos y aflicciones de la vida.

Sufrí con paciencia estos discursos, porque de nada me serviria el inquietarme. En fin, Domingo, despues de haber comido y bebido bien, se fué á su caballeriza. Leonarda cogió una linterna, y me condujo á una covacha, que servia de cementerio á los ladrones que morian de muerte natural, donde ví un lecho que mas parecia tumba que cama.—Este es tu cuarto, me dijo la vieja, pasándome la mano por la cara. El mozo cuya plaza tienes el honor de ocupar durmió en esa cama el tiempo que vivió con nosotros, y sus huesos reposan debajo de ella: él se de-

jó morir en la flor de su edad: no seas tú tan simple que imites su ejemplo. Diciendo esto, entregóme la linterna, y volvióse á su cocina. Puse la luz en el suelo, arrojéme sobre aquel miserable lecho, no tanto para reposar, cuanto para entregarme á mis tristes reflexiones.—¡Oh cielos! exclamé; ¿habrá situacion mas infeliz que la mia? ¿Quieren que renuncie para siempre el consuelo de ver la cara del sol; y como si no bastara hallarme enterrado vivo á los diez y ocho años de mi edad, me veo reducido á servir á unos ladrones, á pasar el dia entre malvados, y la noche con los muertos! Estos pensamientos, que me parecian muy dolorosos, y con efecto lo eran, me hacian llorar amargamente y sin consuelo. Maldecia mil veces la gana que le habia dado á mi tio de enviarme á Salamanca. Arrepentíame de haber tenido tanto miedo á la justicia de Cacabelos, y quisiera haber padecido el tormento antes que verme donde me hallaba. Pero considerando que me consumia inútilmente en vanos lamentos, comencé á discurrir en los medios de librarme. ¿Pues qué? me decia yo á mí mismo, ¿será por ventura imposible encontrar modo de escaparme de aquí? Los ladrones duermen profundamente, la cocinera y el negro harán lo mismo dentro de poco tiempo: mientras todos estén dormidos, ¿no podré yo á favor de esta linterna hallar el camino por donde bajé á este calabozo infernal? A la verdad no sé si tendré bastante fuerza para levantar la trampa que cubre la entrada, pero probaremos; no quiero omitir nada de cuanto pueda hacer. La desesperacion me prestará fuerzas, y puede ser que me salga con ello.

Tomada esta gran resolucion, me levanté cuando me pareció que Leonarda y Domingo podian ya estar dormidos. Cogí la linterna, salí de mi covacha, y me encomendé á todos los santos del cielo. No dejó de costarme alguna dificultad el acertar con las vueltas y revueltas de aquel laberinto. Llegué en fin á la puerta de la caballeriza, y me hallé en el camino que buscaba. Fuí andando y acercándome á la trampa con cierta alegría mezclada de temor: mas ¡ay! en medio del camino me encontré con una maldita reja de hierro bien cerrada, y cuyas barras estaban tan juntas, que apenas podia pasar la mano por entre ellas. Víme cortado y perdido con aquel nuevo impedimento que al entrar no habia advertido por estar abierta la reja. Con todo, no dejé de probar si podia abrir el candado. Ecsaminé la cerradura, haciendo todo lo que pude por forzarla, cuando de repente me aplicaron en las espaldas cinco ó seis fuertes latigazos con un buen vergajo de buey. Dí un grito que resonó en toda la caverna; y mirando atras ví al maldito negro en camisa, con una linterna sorda en una mano, y con el azote en la otra.—¡Hola, bribonzuelo! me dijo, ¿querias escaparte? no amiguito, no esperes sorprenderme. Creíste que estaria abierta la reja; pues sábeta que siempre la en-

contrarás cerrada. Cuando atrapamos á alguno, le guardamos aquí, mal que le pese, y si logra escaparse ha de ser mas ladino que tú.

Mientras tanto, al grito que yo habia dado despertaron tres ladrones, los cuales se levantaron y vistieron á toda priesa, creyendo que la Santa Hermandad venia á echarse sobre ellos. Llamaron á los demas, que en un instante se pusieron en pié. Toman las espadas y carabinas, y medio desnudos acuden á donde estábamos Domingo y yo. Pero luego que se informaron ó entendieron el origen del rumor que habian oido, su inquietud se convirtió en grandes carcajadas.—¿Cómo así, Gil Blas? me dijo el ladron apóstata, ¿no ha mas que seis horas que estás con nosotros, y ya querias apostatar? Bien se conoce tu aversion al silencio y al retiro. ¿Qué harías si fueses cartujo? Anda, vete á la cama, que por esta vez basta por castigo los vergajazos con que te regaló Domingo; pero si otra vez vuelves á intentar escaparte, por San Bartolomé que te hemos de desollar vivo. Diciendo esto se retiró. Los demas ladrones se volvieron á sus cuartos; el viejo negro muy ufano de su hazaña se recogió á su caballeriza, y yo me volví á zambullir en mi cementerio, pasando lo restante de la noche en suspirar y llorar.



CAPÍTULO VII.

De lo que hizo Gil Blas, no pudiendo hacer otra cosa.

OS primeros dias pensé morirme, rindiendo la vida á la melancolía que me consumía; pero al fin mi genio me inspiró que sufriese y disimulase. Esforzéme á mostrarme menos triste. Comencé á cantar y á reir, aunque sin gana. En una palabra, supe disfrazarme tan bien, que Leonarda y Domingo cayeron en la red, y creyeron buenamente que ya el pájaro se habia acostumbrado á la jaula. Lo mismo juzgaron los ladrones. Manifestábame muy alegre cuando les echaba de beber, y de cuando en cuando los divertia tambien con alguna chocarrería ó bufonada. Esta libertad que me tomaba, les daba mucho gusto en vez de enfadarlos.—Gil Blas, me dijo el capitan en cierta ocasion en que yo hacia el gracioso, has hecho bien en desterrar la melancolía. Me gusta mucho tu espíritu y tu buen humor. No se conoce á la gente al principio: yo no te tenia por tan agudo y tan jovial.

Tambien los demas me honraron con mil alabanzas, eshortándome á estar siempre de buen humor. Parecióme que todos estaban muy contentos conmigo; y aprovechándome de tan buena ocasion:—Señores, les dije, permítanme ustedes que les descubra mi pecho. Desde que estoy en su compañía, no me conozco á mí mismo; pareceme que no soy el que era. Ustedes han desvanecido las preocupaciones de mi educacion. Insensiblemente se me ha pegado su espíritu, y he tomado el gusto á su honrada profesion. Me muero por merecer el honor de ser uno de sus compañeros, y de tener parte en los peligros de sus gloriosas proezas. Todos aplaudieron este discurso, y alabaron mi buena voluntad; pero unánimemente convinieron en que me dejarían servir por algun tiempo,